Aquí teneis algunos de los hermosos rasgos con que el Espíritu Santo nos describe la amable condicion de la esposa, de la madre, del alma que en su niñez fué educada por personas virtuosas é ilustradas, y recibió á tiempo las lecciones de la moral cristiana. Paréceme, señores padres, que todos quisierais verlos exactatamente copiados en vuestras hijas, que todos haceis votos al cielo para que éstas resulten con el tiempo hermosos retratos de un tan bello original. Si es así, si sinceramente deseais verlas buenas esposas, buenas madres, buenas amas, está en vuestra mano el conseguirlo. Confiad su educacion á esas buenas religiosas en quienes no sabré deciros cuál es la prenda que más resalta, si la amabilidad, si la destreza, si la instruccion, ó si el celo. Ellas las enseñarán á ser modestas, obedientes, prudentes, devotas y honradas: ellas les inspirarán amor á la virtud, horror al vicio, aversion á la ociosidad, aplicacion al trabajo: ellas cultivarán su espíritu, explotarán su talento, ejercitarán su cuerpo, sacarán de sus buenas disposiciones todo el partido que sacarse pueda: ellas, en fin, os las devolverán tales cuales justamente las deseais, instruidas, diligentes, piadosas, aplicadas y cristianas. Y con el tiempo vosotros tendreis la dicha de ver que son el honor de la familia, la felicidad de sus esposos, el sostén de sus casas, la gloria de su pueblo. Amen.

SANTA INFANCIA.

DISCURSO ÚNICO.

Lamentos de la infancia proscrita.

Pater meus et mater mea dereliquerunt me. *(Psalm.* XXVI, 10).

Un grito... un grito lastimoso, capaz de conmover el corazon más insensible, se levanta allá en los países idólatras del Asia, y atravesando velozmente la anchurosa extension de los mares, viene en este momento á formar triste eco bajo las augustas bóvedas de este templo santo. Y es, señores padres, es el grito de un sinnúmero de niños abandonados que buscando en vosotros la ternura y compasion que no hayan en sus padres desnaturalizados, os tienden sus suplicantes manecitas, dirigiéndoos cada uno aquella sentimental expresion del real Profeta: *Pater meus et mater mea dereliquerunt me:* Vednos aquí tristemente abandonados de nuestros propios padres y madres: vednos aquí infelizmente expuestos á morir apénas nacidos, y á perder con una sola muerte dos vidas muy preciosas, la temporal y la eterna, la del alma y la del cuerpo.

¡Ah! nosotros vamos á morir á la tierra y al cielo, si vosotros, padres cristianos, no nos concedeis una partecita de ese entrañable amor que tan justamente profesais á vuestros amables hijos; pero viviremos tal vez para el cielo y este mundo, si de este entrañable amor que les teneis á ellos nos haceis un tanto participantes á nosotros. No pedimos entrar en sus derechos

de legítima, no solicitamos ocupar en vuestros corazones el lugar preferente que ellos tan justamente ocupan, no aspiramos á que les escaseeis á ellos vuestras caricias para dispensárnoslas á nosotros. Gocen ellos de todo vuestro afecto y ternura: sean ellos los dulces objetos de vuestras solicitudes y cuidados: sepan ellos lo que es tener un padre tierno y una madre cariñosa. Nosotros desventurados frutos de entrañas sin piedad, nosotros infortunados hijos de padres crueles que solo nos dan la vida para quitárnosla luego de la manera más bárbara, solo os pedimos, solo os suplicamos que por mano de esos mismos hijuelos ¡que el cielo mil veces bendiga! nos mandeis un pequeño socorro que, llegándonos oportunamente, ya que no consiga librarnos de la muerte temporal, siquiera nos libre de la muerte eterna abriéndonos paso para ir á gozar de Dios.

Estos son, señores padres, los tristes acentos que los infortunados niños de Siam, de la China y del Tong-King hacen llegar hoy á vosotros por el órgano de mi lengua: esta es la tristísima al par que humildísima peticion que hoy os dirigen; ¿la desatendereis?.... Espero que no, espero que no negareis á aquellos séres desgraciados el auxilio que de una manera tan patética os piden, porque á más de pedíroslo ellos, os lo piden otros que, por seros muy caros, no querreis dejar desairados. ¿Quiénes? Os lo diré despues que hayamos pedido el auxilio de la gracia.

No en todas partes, señores padres, se mira á la infancia con el interes y cariño que se la mira entre nosotros: no en todos los países es el niño el embeleso del padre, el ídolo de la madre, el gozo de la familia y el objeto de los halagos de todos aquellos á quienes se acerca: no en todos los reinos hay leyes que protejan la vida del expósito, los derechos del pupilo, los

bienes del desamparado. Países hay donde la infancia no goza de la menor consideracion, donde el niño no sabe lo que es afecto maternal ni amor de familia, donde la vida del hijo está á disposicion y voluntad de los padres, sin que la ley tenga un solo artículo para defenderla. ¡Ay! en los reinos á que me refiero, el infanticidio está tolerado por la ley y admitido por la costumbre; de suerte que cuando un padre tiene el número de hijos que cree convenirle, se desembaraza de los restantes ó echándolos á un muladar, ó ahogándolos en un rio, ó tirándolos á un perro, ó estrujándolos con sus propias manos, ó vendiéndolos por cuatro maravedises al que quiera comprarlos.

Por respeto á vuestra sensibilidad y por no lacerar vuestros corazones compasivos, cubriré con un velo el cuadro desgarrador que ofrecen diariamente un número crecidísimo de infelices criaturillas, unas dando las últimas boqueadas en el ángulo de una plaza, otras agonizando dias enteros amontonadas en un estercolero, otras exhalando el alma entre los colmillos de un cerdo, otras sobrenadando en el rio con una calabaza atada que los mantiene á flote, luchando largo tiempo con la muerte ántes no se hunden, y dando gritos lastimosísimos miéntras la corriente los va arrastrando. Solamente me permitiré deciros que estas desventuradas víctimas de la crueldad paternal suben á una cifra tan espantosa que, segun relacion de muchos testigos oculares, en una sola ciudad, la de Pekin, llegan comunmente á treinta mil cada año. ¿Cuántas serán en todo el imperio chino, cuya poblacion se calcula ser de unos trescientos treinta millones de habitantes? (1) ¿cuántas, si á las dichas añadimos las de Siam, Tong-King y Cochinchina, cuyos moradores forman unos veinticinco millones más? Si tomamos por tipo la ciudad de Pekin, y echamos la cuenta por lo que sucede en ella, no será exageracion

1 Diccionario geográfico universal, tom. II, pág. 284.

suponer que el número de infantillos anualmente asesinados en el Asia oriental sube..... ¡estremeceos! sube á unos ochocientos mil.

¿Y á dónde van las almas de tantas víctimas igualmente inocentes que desgraciadas? Hé aquí lo más triste, lo que más desgarra el corazon, y lo que el labio se resiste á pronunciar. Fuera de un número relativamente insignificante que el celo de nuestros misioneros consigue bautizar miéntras están espirando, y fuera de otro número, más escaso aún, que logran arrebatar á la muerte, y luego los educan en sus establecimientos y colegios, todos los restantes tienen que experimentar la verdad de aquellas palabras dichas por Jesucristo á Nicodemus: *Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei:* (1) No puede entrar en el reino de Dios sino aquel que fuere bautizado ó renacido de agua y de Espíritu Santo. Al pronunciar este texto del sagrado Evangelio, crúzanse en mi entendimiento las ideas más tristes, y el más acerbo dolor desgarra mi corazon; porque me parece estar viendo y oyendo á aquellos tiernos infantillos que, cual si se les anticipase el uso de la razon, como se anticipó en los niños inocentes, segun san Agustin, y como si á favor de una luz sobrenatural conocieran perfectamente cuán grande va á ser su desgracia si llegan á morir sin ser bautizados, con las pupilas arrasadas de hermosas lágrimas y las manecitas tendidas hácia nosotros nos están diciendo: *¡Bautismo, bautismo!*—¡Ay! están ya entre las garras de la muerte, y aún claman: *¡Bautismo, bautismo!*—La muerte va ya tragándoselos, y todavía gritan: *¡Bautismo, bautismo!*—Espiran, y en el mismo acto de espirar el alma se les detiene un momento en los labios para decir una vez más: *¡Bautismo, bautismo!*

1 Joan. III, 5.

Ignoro, señores padres, hasta qué punto os afectan estos dolorosos acentos de la infancia proscrita; pero sí creo saber que, teniendo el corazon tan cristiano como lo teneis, no los oís con insensibilidad, tanto más cuanto que á sus tristes voces se juntan las de otros séres que no pueden seros indiferentes. Fije cada uno de vosotros la mirada en el hijo ó hija que teneis aquí presentes, y que por su inocencia y virtud son los dulces objetos de vuestro amor; y creed que estos inocentes y amables hijos, tiernamente conmovidos al ver la inmensa desgracia que pesa sobre tantos niños infieles que, si bien no los conocen, los aman con ese cariño angelical propio de la infancia, os piden les pongais en la mano la módica cuota mensual que está señalada, para remitirla á los infelices niños infieles que con ánsia la esperan allá allende los mares. Sí, padres: sí, madres: vuestros mismos hijos se hacen en este momento los generosos abogados de los infantillos de Siam, Tong-King, China y Cochinchina: ellos mismos os están pidiendo licencia para adoptar siquiera uno de aquellos séres desgraciados, y mandarle su auxilio mensual.

¿Y sabeis por qué os lo piden? Porque, á más de dictárselo la bondad natural que vosotros mismos les habeis inspirado, aunque niños, discurren así: "El infantillo infiel á quien yo con mi limosna proporcione un misionero que lo bautice, vivirá ó morirá. ¿Vive? entónces recibirá la fe verdadera, entónces será educado en la verdadera Religion; y cuando despues con el tiempo llegue á saber que en algun modo me es deudor á mí de la gracia, de la fe y de la vida, no pasará dia sin que con las manos levantadas al cielo diga á Dios: Bendecid, Señor, colmad de bienes al niño europeo á quien debo la vida del cuerpo y la salvacion del alma. ¿Muere? entónces volará al cielo, entónces irá á formar coro con los Angeles; y desde allí me procurará todo

lo que más me convenga, me sostendrá en mis tentaciones, me socorrerá en mis necesidades, no dejará de rogar por mí hasta que me tenga en su compañía en el cielo." Hé aquí, señores padres, cómo discurren vuestros discretos y candorosos hijos, ved aquí el por qué desean ardientemente les entregueis el obolillo del rescate á fin de enviarlo cada cual á su niño adoptado. ¿Dejareis desairados á unos séres tan queridos? ¿tendreis corazon para resistir á una peticion tan cristiana y legítima?.....

Pero no son vuestros hijos los únicos que os piden este pequeño sacrificio pecuniario, ¡el insignificante sacrificio de dos cuartos mensuales! os lo pide tambien la Religion. ¿Qué digo pide? si quiero hablar con toda exactitud y precision, quizá deba decir que os lo exige y os lo impone, ya que no á título de justicia, siquiera á título de caridad. Nuestra Religion—¿quién lo ignora?—es esencialmente caritativa, y su gran principio es que amemos á todos los hombres sin distincion de razas, países y climas. Sea la que fuere su patria, raza ó nacionalidad, á todos debemos amarlos; porque todos son hermanos nuestros, todos proceden de Dios, todos han sido redimidos con una misma sangre, todos tienen una alma inmortal y eterna. ¿Es acaso ménos preciosa el alma del indio que vive en el otro hemisferio que la nuestra y la de nuestros conciudadanos? Preguntemos á esas falanges de apóstoles que anualmente salen de España y otros reinos católicos, y que animadas del más noble desprendimiento, atraviesan la vastísima extension del Océano, dirigiéndose á países que distan seis mil leguas de su patria, con riesgo de encontrar la muerte en tan larga travesía ó en llegando al término de su viaje, preguntémosles qué van á buscar en aquellas lejanas regiones, y qué piensan encontrar allí para que de este modo olviden su patria, expongan su vida y emprendan una carrera llena de trabajos y privaciones.—

¡Ah! nos responderán, no vamos en busca de bienes terrenos, no pensamos encontrar honores, placeres ni riquezas: bienes más altos son los que buscamos, cosas más preciosas son las que pensamos encontrar. ¿No sabeis que allende los mares hay un número casi infinito de almas redimidas con la sangre de Jesucristo, pero expuestas á no poder entrar en el cielo por falta de bautismo? Pues este es el tesoro que nos obliga á dejar patria, parientes y amigos: estas son las riquezas que pensamos hallar en la China, en el Tong-King y en el reino de Siam.

Yo os pregunto ahora, señores padres, si nuestra Religion, que lleva escrita en su bandera esta hermosa palabra: *¡Caridad!* exige ó no de vosotros que coopereis á esta obra caritativa, y contribuyais á salvar á aquellas pobres almas..... Cierto que el sacrificio que os pide es tan pequeño que no guarda proporcion alguna con las inmensas ventajas que os ofrece. ¡Dos cuartos por mes! ¿querriais por tan poca cosa privaros del gran mérito que podeis adquirir prestando vuestro concurso á esta obra eminentemente católica? ¿querriais por tan insignificante interes perder la dicha de contribuir á la salvacion de algunas almas? ¿querriais por tan escasa suma renunciar á las numerosas indulgencias con que os brinda la Silla apostólica? ¡Dos cuartos por mes! ¿seria esto aumentar mucho vuestras limosnas ordinarias? ¿no seria una de las limosnas más meritorias que pudierais hacer? ¡Dos cuartos por mes! ¡ah! si fuese menester gastar esta módica cantidad para contentar el inocente capricho de uno de vuestros hijos, no os parariais en ello.

Yo me prometo, pues, que todos los que os hallais en estado de poder ayudar con esta pequeña contribucion á la obra de la santa Infancia, ne se la negareis: y tanto más me lo prometo cuanto creo sabreis que estas pequeñas contribuciones, reunidas, producen resultados inmensos, dando lugar á nuestros

misioneros á abrir el paraíso á muchísimas almas.—Porque, gracias á estas cantidades casi imperceptibles, pero que, acumuladas, forman algunos millones cada año, se establecen misiones, se fundan colegios, se levantan hospicios, se recogen expósitos, se compran párvulos, se los bautiza, se los educa, se los instruye en nuestra santa Religion, se los forma de manera que, no solo consiguen ellos su salvacion eterna, sino que vienen á ser instrumentos de los que se sirve la infinita misericordia de Dios para procurar la salvacion de otros muchos; siendo con el tiempo ó fervorosos catequistas, ó ejemplarísimos eclesiásticos, ó misioneros verdaderamente apostólicos. Resultando de aquí que, quien con su desprendimiento contribuye á dar impulso á esta Obra santa, á poca costa contrae grandes merecimientos delante de Dios, del Catolicismo y de la sociedad, y se hace acreedor á una corona brillantísima en el cielo. Amen.

ENTRADA DE UNA MONJA.

DISCURSO ÚNICO.

¿En qué consiste el sacrificio que la monja hace a Dios?

Ecce nos reliquimus omnia, et secut sumus te: quid ergo erit nobis? (*Matth.* XIX, 27.).

¡Cuán simples mostraron ser los Apóstoles haciendo esta pregunta á Jesucristo! Persuadidos de haber hecho una gran cosa renunciándolo todo para seguirle, con un candor propio de niños inocentes le hablan por boca de san Pedro y le dicen: Ya veis, Señor, el gran sacrificio que por Vos hemos hecho: por Vos hemos dejado cuanto poseíamos, por Vos lo hemos renunciado todo, todo absolutamente, sin reservarnos la más pequeña cosa: *Ecce nos reliquimus omnia.* Y bien: ¿qué nos dareis Vos en justa recompensa de este desapropio tan universal, de esta renuncia tan perfecta, de este sacrificio tan generoso? *Quid ergo erit nobis?*

¡Hombres! se les pudiera contestar, ántes de señalaros el premio, justo es sepamos el valor de lo que renunciasteis; porque segun fuere el mérito de las cosas sacrificadas, tal deberá ser la paga y la recompensa. ¿Qué es, pues, lo que habeis renunciado por amor de Jesucristo? ¿acaso algun trono? ¿por ventura algun rico patrimonio? ¿tal vez alguna gloria parecida á la de Salomon? ¡Ah! responden, hemos dejado nuestra barqui-